

QUISQUEYA EN LA DEBILIDAD DE LA FRONTERA

Ramón S. Corrada Del Río
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Dice Nietzsche que “las cosas acuden a ti llenas de caricias, buscando sitio en tu discurso, y adadoras, te sonríen porque desean volar contigo”(Nietzsche, 1997, 117). La que acude cariñosamente en este caso para ser significada es la frontera Dominico–Haitiana. Propongo acercarnos a este enigma estipulando como principio la debilidad ontológica de lo que existe (Vattimo, 2000). Quiero decir con esto, que no sólo es débil eso que está ahí, que denominamos frontera Dominico-Haitiana, sino el discurso que la significa.

No estudiemos lo que la frontera es, sino lo que aparenta ser. Y de lo que aparenta ser no pretendamos descubrir otra cosa que no sea una nueva forma de interpretar lo aparente (Arendt, 1978). Es lo mismo decir que, al desencantar la anterior manifestación de lo aparente, no hacemos más que inaugurar un nuevo régimen de encanto (Mires, 2002). Es que el enigma continúa. Miremos la debilidad de la frontera en su caducidad. Caducidad que se define desde la voluntad de interpretar, como la perenne interrogación de la interrogación. Desde el objeto de la comprensión, en su eterno moriviví. Esto no parece tener mucho sentido, pero, volviendo a Nietzsche, es mejor cualquier sentido que ningún sentido (Vattimo, 2000).

En su etapa actual, las investigaciones sobre la frontera Dominico–Haitiana enfrentan un dilema que es común a la Ciencia Social en general. Ésto es, ¿se deben encaminar los estudios de la frontera hacia un análisis cultural o debemos invocar el espectro de Marx y guiarnos por la crítica de la economía política? Dilema que se complica, si añadimos el embrujador dictamen filosófico que estipula, que más allá de las apariencias no hay más que apariencias. Siguiendo a Roland Barthes (1997), a lo que podemos aspirar es a anunciar que hay un enigma.

El enigma de la frontera Dominico-Haitiana lo podríamos ubicar bajo el sospechoso discurso geográfico. La geografía, disciplina de dudosa reputación, nos debe ayudar a percibir la cuestión de la frontera, no como una cosa en sí, “La Frontera”, una esencia, o eso que está ahí como verdad irrefutable; sino más bien, como una manera de pensar falible. Ésto es, como parte de un régimen del discurso, el geográfico. No existe un Río Dajabón o Masacre que sea frontera; que posea como río en sí, el atributo independiente y constitutivo que lo haga borde. Sucede que lo hemos fronterizado; se le asigna al río, dentro del discurso geográfico, ese referente. Se afirma que el espacio, categoría que se asienta cariñosamente en el discurso geográfico, es una manera de pensar que aporta con su encanto, en la construcción de lo aparente. En ese sentido, no es otra cosa que retórica.

En el proceso de construir referentes espaciales, se hace cómplice lo sociológico–histórico, que sospechosamente, por ejemplo, hace frontera las cosas (convierte a las cosas en frontera o construye determinadas fronteras). Hacemos frontera produciendo un saber que designa una esencia, “La Frontera”. Pero como enigma al fin siempre nos deja algo por adivinar, ¿será la voluntad de dominio, saber y orden lo que esconde este

proceder? Por supuesto que sí. Este proceder, que hace marca a las cosas, hace al paisaje, Sitio. El discurso geográfico, al situar, no hace otra cosa que especificar, anunciar un nuevo régimen de verdad, darnos un nuevo enigma. Ya no es río, es frontera.

¿Cómo desencantar este régimen de lo aparente? Hay que construir una nueva máscara (Vattimo, 2000). Afiramos que la frontera Dominico-Haitiana no se extingue en la marca Río Masacre y los aproximados 388 Km. que dividen a la vieja Quisqueya en dos; debilitando esa noción dura de frontera, incluyamos a los bateyes haitiano-dominicanos del azúcar. Además, podríamos fronterizar los barracones en los cafetales y, qué les parece si añadimos los arrozales del noroeste dominicano. También pueden fronterizarse las barriadas que albergan a los haitianos en los suburbios de las grandes y medianas ciudades del territorio nacional dominicano. Y, por qué no somos más atrevidos y debilitamos más la frontera-marca, incluyendo a esos nuevos bateyes turísticos de los llamados “Todo incluido”. Estas máscaras-fronteras no son otra cosa que máscaras. Que quede claro que es la idea-esencia de frontera, entre otras cosas, lo que se está cuestionando, por lo perniciosa que ha sido, no sólo en el contexto que nos ocupa, el dominico-haitiano, sino en términos generales.

Hagamos a la Constitución frontera. Miremos este ejemplo: la denuncia de Silié, Segura y Dore Cabral (2002, 124), cuando afirman que “[d]e manera mal intencionada se confunde la noción de tránsito (haciendo referencia al artículo 11 de la Constitución de Santo Domingo) con la no residencia y se alega que personas que residen en el país desde hace más de 20 años estarían en ‘tránsito’, lo que es totalmente absurdo”. Ésto no tiene otra consecuencia que negarle la nacionalidad dominicana a los haitianos. No ser nacional dominicano, permite negarle atención médica a las haitianas que darán a luz a los que luego cortarán las cañas, recogerán el café, el arroz y colaborarán en la construcción de la nueva ciudad. Cuando a los hijos del trabajador se les niega la atención médica al nacer, o después, la educación o cualquier otro tipo de asistencia del Estado, el desempeño desigual del capital se hace práctica política. La haitianidad queda entonces estipulada en la apariencia, como una cierta Cultura que baila al son de las diferencias. La mal intencionada interpretación que se le da a la Constitución de Santo Domingo, la fronteriza, es una máscara; nos muestra el crudo discrimen racial; la gran pena de Gérald, que afirma, que por ser “Prieto” lleva treinta y dos años en Dominicana y todavía está en “tránsito” (Silié, Segura, Dore Cabral, 2002, 124). Se sabe que la defensa de la nacionalidad esconde en su apariencia otra cosa, el racismo, y el racismo a su vez, la voluntad de dominio (Foucault, 1992).

El nacionalismo, como discurso histórico-geográfico que es, entre otras cosas fronteriza, binacionaliza. Binacionalidad, que en nuestro caso se refiere a la dominico-haitiana. Lo bi, glorifica, enaltece y defiende esas bellas pequeñas cosas que nos hacen diferentes. Éste nivel de lo aparente, donde se cocina la Cultura, se desencanta al descubrirse la no tan cariñosa voluntad de dominio, que en la práctica económica-política tiene como consecuencia tomar ventaja en el mercado de la compraventa de la fuerza de trabajo. Por ser haitiano, puedo explotarte. Es el espectro de Marx. De la binacionalidad que fronteriza, pasamos a una subalternacionalidad haitiana, que debilita los aparentes bordes y sale a flote una muy íntima e integrada relación de explotación.

Debemos de invocar también al fantasma de Foucault y mirar con sospecha microfísica, al poder (Foucault, 1979). Nos dice Wilfredo Lozano (1998), que en los arrozales del noroeste de Santo Domingo hay un buen número de capataces y buscones

haitianos. Es que se nos debilita la frontera, se hace opaca. Capataces y buscones haitianos, que vigilan y controlan al obrero haitiano, para que siembre en Santo Domingo el arroz y otros productos que en buena medida se mercadearán en Haití. La debilidad del estado nacional haitiano, en su precaria función reguladora, complementa el cuadro que lo subalternacionaliza. Una cultura de consumo desigual, es acompañada por unas prácticas extremadamente caóticas del aparato político estatal. No sólo los haitianos pagan el precio de la subalternidad, sino también los dominicanos, pues al disponerse de tal ejército de reserva, el valor de la fuerza de trabajo, de forma general, permanece bajo. Es la paradoja del desempeño desigual del capital, la inmigración haitiana provocando la emigración dominicana. Al fin y al cabo, Gérald también comparte su gran pena con la humanidad, en “tránsito”. Mientras tanto, el capital nacional, el internacional y, por qué no, el subalternacional, viven felices.

Esta condición de subalternidad y debilidad del estado haitiano con respecto al dominicano, lo hace presa fácil del discurso desarrollista. Curiosas son esas tipologías que colonizan la imaginación como, por ejemplo, las de Primer, Segundo y Tercer Mundo. En nuestro caso, tanto Haití como Santo Domingo son ubicadas en el Tercer Mundo. Más sin embargo, si nos dejamos llevar por la clasificación del discurso desarrollista y comparamos ambos países, se cae en la tentación de designar desarrollado a uno, y al otro, subdesarrollado.

La debilidad de esta noción de frontera, desarrollo-subdesarrollo, quisiera mirarla en la perspectiva de Arturo Escobar (1995). Este estudioso de la deconstrucción indica que lo nefasto del discurso desarrollista es el presentarnos a la humanidad de forma bipolar. Se nos coloniza la imaginación reduciendo al mundo a dos categorías únicas y hegemónicas: los desarrollados y los no desarrollados. Por un lado, los educados felices y pudientes y, por el otro, la plebe ignorante e infeliz que no vale nada. La dualidad no se explica como resultado de una relación de explotación, sino que se adjudica al subdesarrollado una cierta debilidad espiritual (y temporal-espacial, en la medida en que el desarrollo y el subdesarrollo remiten al tiempo y al espacio de dos entidades que se nos antojan diferentes, en este caso, binacionales). No queda otra alternativa o “causa” al poderoso (y desarrollado) que asistir al subdesarrollado. Se les convence de lo mal que se ven y se les propone verse como al que les causa su verse mal. Silié, Segura y Dore Cabral, en La Nueva Inmigración Haitiana (2002, 42), citan las palabras de Joaquín Balaguer en el sentido de que “el inmigrante haitiano ha sido en Santo Domingo, un generador de pereza”. Me aconseja Carlos Altagracia (2001), estudioso del tema dominicano, que aclare si Balaguer, es el único que defiende la postura ultra conservadora del maldito nacionalismo duro o sí es acompañado, en esta dudosa faena, por historiadores y hasta científicos sociales de muy merecido prestigio. Por el momento, que la interrogante quede como aclaración.

El Río Masacre no hace dual ni bipolar nada; está para pasarse a pie. Hace tiempo que dominicanos y haitianos están integrados, sin fronteras, bajo un mismo régimen de explotación. Este régimen, cariñosamente justificado, queda encubierto por el discurso histórico-geográfico que nos lo imagina fronterizado, binacionalizado, desarrollado-subdesarrollado y poetizado en el discurso patriótico que endulza esas pequeñas diferencias que en lo aparente nos separan.

Dice Hanna Arendt que “la pluralidad es la ley de la tierra” (1978,19). ¿Se podrá defender y validar esas sospechosas diferencias que nos desunen? Sí, si se piensan y

practican en un sentido débil, en su caducidad. Se debe abandonar esa noción dura del discurso histórico-geográfico, que imagina la nacionalidad y la fronteriza de miles maneras. Hay que ser capaces de reconocer primero, las relaciones malditas de explotación que se esconden enigmáticamente bajo las apariencias de las diversas fronteras; segundo, practicar si es posible, una convivencia en la diversidad sin la dominación; imaginemos la nacionalidad en su debilidad. Es curioso que Marx postule, en el Manifiesto (1955, 13), que todo se desvanece en el aire al hacerse hegemónicas las relaciones capitalistas de producción Sin embargo, por donde quiera aparecen las máscaras que nos proponen lo contrario.

En el templo de la parroquia Santa Rosa de Lima, del poblado de Rincón, que desde la costa Oeste de la isla grande de Puerto Rico mira hacia el pasaje de la Mona, hay una imagen de Santa María Niña que llora. Muchos se sorprenden de tan increíble fenómeno y se preguntan cómo es posible que suceda. Otros que hemos visto sus lágrimas y ojos misericordiosos, nos preguntamos más bien, ¿por qué llora? Para contestar esta pregunta, basta fijarnos un poco en ese evento trágico para toda la humanidad que son los cientos, tal vez miles, que han muerto y, al parecer, seguirán buscando la muerte en el intento de cruzar el estrecho entre Santo Domingo y Puerto Rico. Hay que añadir que su penar también puede ser por la insensibilidad que los puertorriqueños manifiestan ante tan maldito suceso. Tal vez los de Puerto Rico y el resto de la región comiencen a mirar hacia una gran Antillanía de buena convivencia, cuando los Dominico- Haitianos debiliten sus fronteras para mutuo beneficio. A ver si Santa María Niña deja de llorar.

BIBLIOGRAFÍA

Altagracia, Carlos, *El cuerpo de la patria: intelectuales, imaginación geográfica y paisaje fronterizo durante la Era de Trujillo*, Ph.d., Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2001.

Arendt, Hannah, *The Life of the Mind: Thinking*, Harcourt Brace Jovanovich, New York, 1978.

Barthes, Roland, *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1997.

Escobar, Arturo, *Encountering Development*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979.

-----, *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta, 1992.

Lozano, Wilfredo, *Jornaleros e inmigrantes*, Santo Domingo, FLACSO, 1998.

Marx, Carlos, *The Communist Manifesto*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1955.

Mires, Fernando, *Crítica de la razón científica*, Caracas, Nueva Sociedad, 2002.

Nietzsche, Friedrich, *Ecce Homo*, Barcelona, Fontana, 1997.

Silié, Rubén; Segura, Carlos; Dore Cabral, Carlos, eds., *La nueva inmigración haitiana*, FLACSO, Santo Domingo, 2002.

Vattimo, Gianni, *El pensamiento débil*, Madrid, Cátedra, 2000.